

PABLO DE ROKHA:

El poeta de las naranjas agrias

JORGE TORRES ULLOA

Decir memoria es decir infancia, tiempo y espacio virgen, tierra fecunda; tiempo de oro y plata, momento en que todavía no cambiaba el peso con que nos depuraba esa extraña geografía con su abrupta cordillera llamada "realidad". Mi infancia transcurrió en un Valdivia lejano, por lo mismo tan vivida de medidos del siglo veinte. Veo a mi madre, mujer lujosa de su época, siempre atada por la basta de un pantalón o culandrando un platillo nuevo.

—Vengan, acérquense, —decía con frecuencia—, que voy a "añinar una carbonada". No vaya a ser cosa que les vaya a tocar una flaja por mujer que no sepa cocinar. Nos decía a sus hijos varones, con voz tan delicada como imperativa. Gran compañera y amiga de mi padre, se encargaba no sólo de las tareas de "intendencia" y relaciones sociales, sino de la ejecución gastronómica y la atención de los invitados del padre que con mucha frecuencia —demasiada tal vez— venían a almorzar o a cenar a mi hogar. Por cierto debía decir que mi padre en su papel de hombre público, "regidor", primero y alcalde de la ciudad, después, debía cumplir múltiples "compromisos" que a la sazón de entonces se sellaban con un buen condumio.

No era pues, poco frecuente, entonces ver entre esa zología a personajes tan formales como estadísticos y cónsules. De este modo, me encontré cualquier día del transcurso de mis ocho a nueve años, ante la presencia de un hombre que llamó poderosamente mi atención. Corpulento, macizo, de estatura mediana, voz estridente; iba casi siempre acompañado de otro

El autor de este artículo falleció en Valdivia hace una semana. En la crónica, enviada poco antes de morir, evoca su encuentro gastronómico con Pablo de Rokha.



VALDIVIANO.— Cada familia acordó con chicha, patita y al.

hombre más pequeño y enjuto que era, caracterológicamente, como su antepasado en todo orden de cosas. Más tarde, sabría que el personaje que describo siempre se hacía acompañar de algún lugarteniente que hacía las veces de portador, secretario y canchazado de aventuras. Mucho después, leyendo un pequeño y sabroso libro de crónicas y semblanzas (*Escritores a trasluz*), sabría que ese hombre era Mario Ferrero.

Pero volvamos a lo nuestro: luego de lullagar la belleza de mi madre con adjetivos algo rimbombantes, procedía a alabar su sapiencia gastronómica y su delicadeza en la presentación de esos guisados. Cumplido este rito de enconos y lisonjas, procedía a despachar las meriendas —casi siempre del almuerzo— que le eran presentadas. En ese mismo

orden iba haciendo la exégesis y la apología de cada plato.

—¿Quién es él? Pregunté un día, inquieto.

—Un poeta. Contestó lacónico mi padre.

—¿Y has leído sus poemas? Insistí.

—Sí. Pero no te los podría explicar. Fue su respuesta y añadió:

—No he leído todos sus escritos. Sólo sé que es un buen compañero y mejor amigo del buen yantar. Pero si quieres saber de él, ahí tienes sus libros; me dijo mostrándome unos ejemplares sobre un anaqueal de su escritorio. Tomé el más voluminoso entre mis manos en donde leí en unas letras inmensas que aconezaban desbordar el formato de la ya gran página.

—“Pablo de Rokha”, se dejaba leer con dificultad una inmensa

trófica que atravesaba diagonalmente el enorme libro. *Antología*. (1916-1933). Editorial Multitud. Y dentro, en la página primera, una dedicatoria escrita con letra nerviosa y de grandes caracteres: “A José María Torres Quirós con un gran saludo de su amigo”. Luego una rúbrica: Pablo de Rokha. Y más abajo una fecha: Valdivia, 29 de abril de 1954.

He traído a colación esta anécdota, porque este fue mi primer encuentro con un poeta de carne y hueso, la poesía chilena, y —¡el Valdiviano!

Explico los porqués.

De Rokha en una de sus visitas comenció la “imprudencia” de restar el conocimiento culinario de mi madre, según sus propias palabras, —“respeto de un plato que lleva el nombre de la ciudad, pero que ya es muy difícil de encontrar en los restaurantes”. Recuerdo patente esta historia por cuanto De Rokha hizo una relación minuciosa de la preparación de este plato que fue duramente cuestionada por mi madre. Entre otras cosas, ella se rió a carcajadas cuando De Rokha habló de culinar la sepa con el jugo de naranjas agrias. Esto fue considerado por mi madre como una aberración (quinto que comparto hoy en día). De Rokha, que era hombre de apariencia seria, pero lo suficientemente ladino y pícaro como huaso de Licantén que era, instó a mi madre a preparar su propia versión del Valdiviano para comprobar las bondades del plato. La madre, orgullo algo herido mediante, aceptó poner en examen su sapiencia y selló el compromiso colocando la hora de cena del mismo día en su propia casa, como fecha y lugar del evento. Producido éste, De Rokha, que

aportó el vino para el condumio, no se cansó de hacer alabanzas respecto del potaje pero no claudicó frente al uso del jugo de naranjas agrias, en su defecto, de licores para culinar el plato. La paz fue convenida, no sin antes mediar extensos alegatos, argumentos y contra argumentos, bajo esa curiosa ambigüedad con que los chilenos solemos regalarnos, en aras de no romper la armonía y que deja las cosas suspendidas o las vuelve a flujar como en cuanto haya pasado la emergencia.

Años más tarde, con motivo de la abrupta muerte del poeta en 1967, le recordé a mi madre la anécdota y le hice ver que era un hombre profundamente conocedor de las comidas chilenas. Recuerdo incluso haberle leído algunas partes de su *Epopeya de las comidas y bebidas de Chile* con intención dramática y exaltado énfasis. Cuando hubo terminado, mi madre contestó lapidaria: —El “poeta de las naranjas agrias”, (como gustaba llamarlo), sabría cocinar con las palabras y en ese fogón puede que haya sido un experto. En lo que a mí concierne nunca supe de sus habilidades culinarias porque nunca probé de su guisado.

Nada pudieron mis explicaciones de que estábamos, tal vez, ante un “cocinero” excepcional de la palabra; que habíamos tenido el privilegio de haber compartido nuestra mesa y “nuestro” Valdiviano con De Rokha... Nada. Mi altanera e insubordinada madre cobraba así su personal venganza por el “agravio” rokhiano: para ella, fue siempre un “mortino provocador” que quiso poner a prueba sus conocimientos y aquello era imperdonable en su personal código de orgullo de su zona y valdiviana de cepa.

El poeta de las naranjas agrias [artículo] Jorge Torres Ulloa

Libros y documentos

AUTORÍA

Torres, Jorge, 1948-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El poeta de las naranjas agrias [artículo] Jorge Torres Ulloa

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile